

Entrevista

Entrevista a la Dra. Gabriela Merlinsky por Melisa Estrella^{1*}

¹ Universidad Nacional de Luján, Departamento de Ciencias Sociales.

* E-mail: mestrella@unlu.edu.ar

Recibido: 01/06/2022; Publicado: 31/07/2022

Gabriela Merlinsky es socióloga por la Universidad de Buenos Aires. Es Doctora en Ciencias Sociales por la UBA y Doctora en Geografía por la Universidad Paris 8. Es profesora de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Investigadora principal del CONICET y coordinadora del Grupo de Estudios Ambientales del Instituto Gino Germani (UBA).

La entrevista se desarrolló a través de una plataforma de videollamada a comienzos de septiembre de 2021. Luego de una conversación inicial y el agradecimiento por la predisposición, se dio inicio al intercambio que aquí se transcribe.

M- Comenzamos con una pregunta de carácter más biográfica, que tiene que ver con tu trayectoria, te graduaste de sociología y en algún punto de tu formación como investigadora hay algo que te lleva a hacer un posgrado en Geografía, entonces, ¿Cómo fue ese proceso que te permite encontrarte con esta disciplina?

G- Yo entré a la carrera de Sociología en 1984, cuando se inició un período extraordinario de la universidad, que fue el momento de la apertura democrática; muchos de mis profesores y profesoras habían estado exiliados y estaban retornando, entonces fue también algo refundacional para las Ciencias Sociales y la Sociología en particular. Tuve una formación teórica muy buena y una excelente formación metodológica. Durante los primeros años de mi carrera hacía paralelamente actividades de educación popular en un asentamiento en San Francisco Solano (Quilmes). Luego conseguí trabajo en el Plan Nacional de Alfabetización y quienes asistían a las clases me pidieron ayuda en tareas de apoyo escolar. De allí surgió una primera investigación sobre aprendizaje y estrategias familiares de vida, luego seguí trabajando en diferentes programas de promoción de la economía popular y publiqué un libro sobre microemprendimientos y redes sociales en el conurbano bonaerense. Recién hacia finales de los noventa me encontré con la cuestión ambiental, luego de diversos acercamientos a los temas urbanos. Mi directora de tesis doctoral fue Hilda Herzer, que fue una gran precursora de los estudios urbanos en Argentina; con ella, y de la mano de los estudios territoriales llegué a la geografía.

Toda la problemática urbana, se conecta mucho con el tema del territorio y por ello es necesario abreviar en la Geografía. La sociología urbana en particular, tiene importantes conexiones con la geografía crítica, sobre todo, a partir de la tradición francesa -que se llama tradición francesa pero que no es solo francesa-: Manuel Castells, Henri Lefebvre, David Harvey, son autores que permiten adentrarnos en el mundo del análisis espacial de las clases sociales.

Mi trayectoria en la investigación académica quedó interrumpida en los años 2000, debido a la gran desestructuración y desmantelamiento del sistema científico que ocurrió a fines de los años noventa. Fue entonces que conseguí trabajo en la primera Secretaría de Ambiente del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y allí tuve el placer de trabajar con Alejandro Rofman, quien me sumó a un grupo encargado de elaborar un programa de Agenda XXI para la ciudad. Cuando empecé a

revisar la literatura y los debates de las conferencias internacionales sobre ambiente, tomé contacto con un campo de problematización global de la cuestión ambiental y, lo primero que me asombró fue ver el contraste con su invisibilidad como problema público en la ciudad.

Era notable encontrar infinidad de documentos oficiales, informes de consultoría y documentos de diagnóstico en los que “el saneamiento del Riachuelo” aparecía como el tema central en materia de política ambiental. Sin embargo, nada de esto tenía implicancias concretas en términos de implementación de acciones y, mucho menos en términos de ligar la cuestión social y ambiental. En Villa Inflamable (municipio de Avellaneda) o Villa Lamadrid (municipio de Lomas de Zamora) había una situación de alta exposición a situaciones de peligro y sufrimiento ambiental: falta de provisión de agua segura, inundaciones recurrentes, localización de las viviendas sobre suelo contaminado, problemas de salud originados por el contacto con metales pesados. Nada de esto entraba en el proyecto de la Agenda XXI porque además se trataba de una iniciativa que (por ser de un solo gobierno) tenía como límite el margen izquierdo del Riachuelo. Pompeya y más allá la inundación, como dice el tango.

En el año 2003 logré volver a la investigación académica y allí iniciamos una línea de indagación sobre pobreza y riesgo ambiental en los barrios populares de la cuenca Matanza Riachuelo. Allí descubrimos un amplio espectro de movilizaciones por temas de acceso al suelo urbano, disposición de residuos, provisión de agua potable y eventos recurrentes de inundaciones; problemas intrínsecamente relacionadas con la cuestión ambiental, pero que, sin embargo, eran tratados como cuestiones de falta de cobertura de servicios públicos. Fue entonces cuando hubo que transformar las preguntas para comprender el lugar específico de las organizaciones territoriales en la construcción social y política de la cuestión ambiental. En lugar de pensar que el ambiente no le importa a nadie (como decía el eslogan de un libro de un periodista en esa época) me propuse entender de qué manera estos temas si entran en la agenda de las organizaciones, aunque no sean definidos como ambientales. Y ese fue el tema de mi tesis doctoral, a partir de la invitación y, posteriormente, el diálogo con Marie France Prévôt Schapira, una gran geógrafa francesa estudiosa de los temas metropolitanos en América Latina. Ella me condujo a la geografía y, la verdad, fue una excelente decisión hacer un doctorado en co-tutela. Del lado argentino fue el Doctorado de la Universidad de Buenos Aires en ciencias sociales, y del lado francés el Doctorado en Geografía, especialidad geopolítica, en la Universidad Paris 8.

Esto me permitió abreviar en los estudios territoriales que permiten una entrada totalmente distinta a la construcción de los problemas de investigación. La formación en sociología, por momentos, tiene un defecto, que es ver la teoría desprovista de análisis espacial, entonces, creo que se gana muchísimo cuando se combina el andamiaje conceptual de la sociología con una entrada analítica en geografía crítica, es ahí cuando el espacio deja de ser un contenedor externo de procesos sociales. Un análisis espacial permite -entre otros aspectos- analizar las relaciones sociales basadas en el lugar, el entorno construido, los mercados de tierras, la división del trabajo, las jerarquías urbanas y diferentes procesos de territorialización ligados a la cuestión ambiental.

M- ¿Cómo se fueron modificando en este proceso, si es que hubo cambios, tus imaginarios personales, acerca de la geografía y de los temas que se ocupa, que luego profundizaste en tus estudios?

G- Lo primero que uno aprende con la geografía crítica es que no tiene nada que ver con la geografía física, que hay una distancia enorme, hay un debate muy profundo sobre el tiempo y el espacio, así como en torno al papel de las clases sociales en esos procesos. Cuando trabajé en la Subsecretaría de Ambiente del Gobierno de la Ciudad había un encuadre de trabajo que tomaba en cuenta los procesos de segregación urbana en la ciudad a partir de una referencia a la justicia espacial y eso me fue configurando una mirada que incorpora la Geografía pero como una si fuera una prima de la

Sociología, no como un campo tan diferente. En mi forma de trabajar son niveles de análisis que están juntos, no los separo como disciplinas.

M-Si bien algunos geógrafos ya me fuiste nombrando, también en tus trabajos hay una entrada, no muy habitual en otros estudios, del aporte de Milton Santos, Rogério Haesbaert, Carlos Walter Porto-Gonçalves, geógrafos latinoamericanos, ¿Cuál crees que es el aporte de estas lecturas para el estudio de los conflictos ambientales?

G- Ellos aportan grandes debates sobre el territorio, en términos de clases sociales y en torno al papel de los movimientos sociales territoriales. Una discusión que traen los estudiantes a las clases refiere a una pregunta muy sugerente que siempre aparece y es: ¿estamos haciendo referencia a un conflicto territorial o a un conflicto ambiental? Mi respuesta es que pueden ser ambos, y que hay que analizar la dinámica del conflicto para dar cuenta de ello, pero lo que podría decir ahora después de muchos años de estudiar estos temas es que rara vez no es un conflicto territorial, porque en los conflictos ambientales, o ecológico-distributivos siempre se pone en juego esto que planteó también Karl Polanyi: la transformación de la tierra en mercancía, o la transformación de la naturaleza en mercancía. Aquí hay un debate muy gravitante que refiere a procesos diferenciales de construcción territorial, de apropiación territorial, nuevos lenguajes de valorización sobre el territorio; de hecho, en mis investigaciones eso es lo que se llama la productividad territorial que refiere al conjunto de arreglos sociales en torno al territorio que se ponen entredicho en la dinámica del conflicto. Las formas de apropiación simbólica del territorio suelen reforzarse o modificarse a raíz de un conflicto y también puede haber cambios en los modos de control territorial, algo que incluye derechos de propiedad e incluso cambios en los poderes jurídicos de las diferentes instancias y niveles de gobierno para tomar decisiones que afectan un espacio determinado. Ahí se ve claramente que el territorio es un proceso y no un recorte físico espacial. Son momentos en que lo territorial se reconstituye, se reconfigura y gana nuevo significado.

M-¿Esto es a lo que hacés referencia en tu último libro “Toda ecología es política” al hablar de la inscripción territorial y que el espacio no es intercambiable?

G-Si, aquí hay una referencia a los trabajos de Danny Trom, en particular un texto muy sugerente que se llama “Sobre la refutación del efecto NIMBY como práctica militante. Notas para un enfoque pragmático acerca de la acción de incidencia”, donde dice que, habitualmente, los colectivos que se oponen a nuevas instalaciones o megaproyectos porque consideran que eso va a afectar su modo de vida, son acusados de egoístas. Son desautorizados por promotores de proyectos y autoridades de gobierno bajo el argumento de que son activistas Nimby (Not in my backyard, “No en mi patio trasero”) que están defendiendo sus intereses patrimoniales y no les importa si esa misma instalación va a parar a otro lado. Lo que dice Danny Trom es que al analizar más a fondo esos conflictos, lo que se encuentra es que los actores implicados van refinando el argumento y dicen: “no es que seamos individualistas y nos oponemos a esta instalación en nuestro lugar por razones arbitrarias. Se trata de un uso del suelo no deseado (en inglés se dice LULU-Local Unwanted Land Use) porque este territorio en el que vivimos tiene ciertas cualidades que es necesario proteger, puede ser un sitio ancestral, puede ser por la calidad de la biodiversidad, puede tener que ver con el paisaje, la cultura, las tradiciones, etc. En ese refinamiento de los argumentos el espacio se vuelve no intercambiable. Al decir “no aquí” y al mismo tiempo establecer la razón de ello, hay un refinamiento de los argumentos y hay efectos simbólicos: este territorio tiene una singularidad, una cualidad. En ese sentido, hay una cualificación del espacio y eso sería la inscripción territorial del conflicto.

M-Hay otra distinción que me gustaría conversar con vos y que es que en el estudio de los conflictos ambientales también circula mucho, esta distinción de conflicto socioambiental, inclusive se puede inferir que hay una multiplicación de los estudios que lo definen de esta manera. No obstante, se

puede ver que desde los estudios que vos hacés y coordinas hay una permanencia en la nominación de conflicto ambiental, más allá de que luego hay una definición que es muy similar. ¿Por qué te parece a vos que es importante sostener la categoría de conflicto ambiental?

G- Bueno, no hay nada de la naturaleza que no sea humano y no hay nada de lo humano que no tenga que ver con la naturaleza. Para mí cualquier conflicto en torno a la distribución o apropiación de los recursos naturales o bienes comunes es un conflicto ambiental porque precisamente está en discusión esa cualidad ambiental. No le digo socioambiental porque me parece redundante, justamente son conflictos que, solo por ser nombrados, indican que hay intervención de la acción humana, es decir procesos diferenciales estructurados por clases sociales, género, etnia, etc. Me suena como un resabio de los momentos fundacionales de las disciplinas de las Ciencias Sociales que surgieron a partir de tomar distancia de la biología. Algo similar pasó en los siglos XX y XXI con la cuestión ambiental, que algunas disciplinas se ponen a la defensiva respecto de la Ecología para decir que no somos naturalistas o conservacionistas, entonces se agrega el prefijo "socio" para que nadie se olvide que aquí están detrás las ciencias sociales. Yo siempre lo pongo en un ejemplo: si uno dice conflicto sindical, conflicto empresarial o conflicto agrario no le agrega el prefijo socio, porque claro, todos esos conflictos son disputas entre actores sociales. Entonces, sería redundante agregar este prefijo en los conflictos ambientales: aquí también participan actores sociales, aunque lo que esté en disputa sea la significación de la naturaleza.

M- La categoría ambiente, más allá de los recorridos en su construcción conceptual, es una categoría tradicional de la Geografía, en términos de relación sociedad -naturaleza, y muchas veces desde la propia disciplina se utiliza el prefijo socio ambiental, cuando no socio territorial, no sé si se trata de una moda, de un fetiche...

G-Yo creo que todo lo que tiene que ver con la cuestión ambiental genera muchas disputas y genera resistencias también, así como hoy en día muchas veces se utiliza el término ambientalista en forma peyorativa, para desautorizar la voz de las comunidades que se oponen a enclaves extractivistas, en los primeros estudios sobre estos temas que fueron enfocados desde las teorías de los nuevos movimientos sociales también había una gran desconfianza respecto de una especie de "ambientalismo del norte", o el "ambientalismo de grandes organizaciones" entonces, una respuesta posible fue decir que en los conflictos localizados en diferentes regiones del Sur Global no se defiende el ambiente en abstracto o desde una perspectiva global. Son conflictos incrustados en el "terruño" de una colectividad, por lo tanto, socio territoriales/socioambientales. A mí me parece redundante, si una después explica el contenido no hace falta que el nombre lo incluya.

Un autor como Joan Martínez Allier, que es un gran precursor en el campo de la Ecología Política, dice que el objeto de esta disciplina es el estudio de los conflictos ecológicos distributivos, pero como él conoce los terrenos de discusión en América Latina a veces opta directamente por hacer referencia a los conflictos ambientales. Para este autor el equivalente de los conflictos ecológico-distributivos son los conflictos ambientales. No hay nada de lo ambiental que sea de lo humano separado de lo natural o viceversa.

M- Hablando un poco de la cuestión del campo de la Ecología Política, ¿Cómo podrías sintetizar, si bien algunas cuestiones ya mencionaste, las características distintivas de este campo?

G- La Ecología Política se ocupa de los conflictos de distribución ecológica. Emerge como una nueva disciplina en el terreno de las ciencias sociales entre los años sesenta y setenta del siglo XX impulsada por la irrupción de la crisis ambiental. La ecología política abrió una indagación sobre los conflictos socio-ambientales generados por la apropiación capitalista de la naturaleza. Parte de la crítica ecológica de la racionalidad económica (Gorz, 1989), el des-encubrimiento de la segunda contradicción del capital (O'Connor, 1998), y de los trabajos de la economía ecológica (Martínez-Alier,

1995) que establece relaciones muy valiosas con la economía política. En ese sentido, el gran aporte de la ecología política es traer la discusión del conflicto, el poder, las clases sociales, las etnicidades y las identidades a estas disputas ecológico-distributivas. A su vez, la ecología política latinoamericana pone el centro de la discusión en la persistente colonialidad de la naturaleza latinoamericana, un aspecto que es central para poner en entredicho las políticas del conocimiento tal como se practican en las academias occidentales y el modo en que silencian, visibilizan o dejan afuera múltiples problemas vinculados a la asimetría (ontológica) entre mundos, pero también diferentes epistemologías.

M-Es interesante en el libro toda “Ecología es Política” una reflexión que cruza todo el trabajo que tiene que ver con las Ciencias Sociales, las Ciencias Sociales en relación a un giro ecopolítico pero también con una postura que es más epistemológica y metodológica sobre el estudio de la cuestión ambiental en este contexto, ¿Cuál te parece que son los principales puntos sobre los que hay que mirar desde las ciencias sociales para analizar los conflictos ambientales?

G-Primero hay que decir que las Ciencias Sociales todavía son bastantes renuentes a la interdisciplina, se habla mucho de ello, pero se practica muy poco, porque además es una tarea extremadamente difícil. El surgimiento de las Ciencias Sociales tiene que ver con una separación muy drástica con las denominadas Ciencias Naturales y hoy en día sabemos que esa distinción es bastante discutible. Es importante recordar que la premisa de Durkheim: “tratar a los hechos sociales como cosas” lo que busca es evitar cualquier naturalización de los procesos sociales. Tratar a los hechos sociales como cosas, no implica cosificar lo social, por el contrario, como señala Bourdieu, lo que allí se produce es un golpe de estado teórico que permite generar un nuevo campo de problemas y así dar autonomía a una nueva disciplina campo de estudio. Pero un costo importante de esa autonomía es la separación del mundo natural. Bajo el objetivo (correcto) de evitar las explicaciones organicistas, el planteo pone mucha luz sobre una segunda naturaleza humana que sobredetermina la primera naturaleza (que queda muy poco visible), el tema es que esta última implica nuestra relación con el agua, las fuentes de energía renovable y no renovable, las semillas, los alimentos, etc. El problema -como dicen Catton y Dunlap- es que esta forma de entender el papel de lo humano en el mundo ignora o desconoce los problemas ambientales, no solo en sus aspectos físicos, sino también en sus consecuencias con respecto a la comprensión de la relación sociedad-naturaleza. De acuerdo con estos autores, el paradigma del excepcionalísimo humano -que ha sido dominante por mucho tiempo en el campo de la sociología-, se apoya en una visión antropocéntrica que considera a la humanidad como la especie dominante. Esto tiene que ver además con el período de consolidación de disciplina, que es un momento de rápida industrialización, urbanización y, sobre todo, de innovación tecnológica. Eso permitió albergar opiniones de optimismo y creencia en el progreso debido a que los seres humanos, como tales, llegaron a considerarse cada vez más libres y únicos del entorno natural. La consecuencia de ello es una visión del mundo como recipiente infinito, como un lugar de oportunidades ilimitadas, y donde es posible el progreso continuo, porque cada nuevo problema que se crea puede resolverse mediante la tecnología.

Todo ello ha quedado impugnado por las crisis múltiples (económicas, ecológicas, energéticas) a las que se están enfrentando las sociedades actuales. Entonces, muchos de estos temas que hoy en día están en la agenda de los movimientos sociales, de las organizaciones, las y los jóvenes, siguen llegando tarde a los programas de investigación de las Ciencias Sociales. Y esto además tiene que ver con una idea del desarrollo que además es consustancial a la “invención del tercer mundo” como versa el título del libro de Arturo Escobar, un mundo dividido en dos partes, el norte y el sur, y ese último en una inacabada y eterna transición hacia algo que marcaría el norte. Aun cuando nos diferenciamos de ese discurso y lo cuestionamos, los mitos del desarrollo siempre vuelven con diferentes ropajes. Si pensamos en todo esto, no sorprende que haya tantas dificultades para dar cuenta de la cuestión ambiental en nuestro tiempo.

M-¿Y cuáles serían las claves del giro ecopolítico?

G- Bueno, hay que tomar el relevo de la cuestión social, que es lo que yo digo en el libro, porque las Ciencias Sociales han jugado un papel excepcional durante los siglos XIX y XX para delinear de forma creativa diferentes elementos que hacen a la emergencia de la cuestión social, un dominio además gravitante en el debate público que implica pensar la desigualdad, las clases sociales. Algo que constituye una potencialidad crítica enorme en las ciencias sociales, sin embargo, todavía no encuentra el camino para abrirse a la cuestión ambiental. Mi argumento es que a hay que prestar atención a la agenda que traen los movimientos, que amplía el debate sobre las desigualdades. Porque no solo hay una inequitativa distribución de la renta, sino que los peligros ambientales se distribuyen desigualmente y van a parar a los grupos más desfavorecidos. Pero también es necesario discutir más a fondo los temas del desarrollo y las alternativas al desarrollo, la deuda y la deuda ecológica y el gran desafío global que es el antropoceno o capitaloceno, como lo queramos llamar, que tiene que ver con la crisis climática, no es una tontería lo que nos dicen los informes del IPCC, es inequívoco el calentamiento global, el aumento de los gases del efecto invernadero se va acelerando en las últimas décadas. Todas las proyecciones indican que sólo quedan treinta años para desacelerar esas emisiones, o sea que hay un problema global de proporciones. Entonces, el giro geopolítico también tiene que ver con un nuevo modo de entender la cuestión ambiental en el concierto de las relaciones internacionales, de los debates sobre la dependencia, la deuda ecológica, el colonialismo, etc.

No existe ninguna institución o disciplina capaz de gestionar políticamente o simplemente mensurar adecuadamente cuestiones ecológicas de gran escala y magnitud. La pregunta central es: ¿Cómo podríamos imaginar acuerdos para afrontar los problemas ecológicos con gigantescas asimetrías de poder en el centro? Mi punto es que necesitamos construir redes y alianzas entre la política, la ciencia, el arte y la gente (movimientos, estudiantes, jóvenes, etc.) para enfrentar los problemas ecológicos de nuestro tiempo. Y que en las narrativas de los conflictos ambientales hay potentes ideas para repoblar nuestra imaginación.

Dra. Gabriela Merlinsky



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.